

Los centenares de títulos impresos en esa ciudad dan testimonio de una intensa vida cultural en la que no se hallan ausentes los más variados géneros literarios, técnicos o especializados, probando que en su seno se cultivan todas las manifestaciones del pensamiento. Lo jurídico, lo económico, la poesía, la narrativa, la historia, la crítica literaria, el ensayo, las literaturas compradas, las cuestiones técnicas, la arquitectura, son algunos de los géneros dominantes, pero no faltan las ediciones críticas, las recopilaciones documentales, los epistolarios, la historia de la arquitectura, las ediciones escolares y para niños, conformando un universo editorial muy amplio y abarcativo de las diversas expresiones de la escritura.

Ante este catálogo y el proceso de producción de libros que él expresa no podemos menos que admirar este fenómeno que desconoce la mayoría de quienes se dicen, en Buenos Aires, hombres de la cultura, y a la vez sentirnos honrados de que ello ocurra en Córdoba. Pero sabemos, por conocimiento directo, que si a ello sumamos lo que ocurre en el mismo terreno en las provincias de Mendoza, Salta, Jujuy, Santa Fe, el cuadro se vuelve alentador en medio de la recesión económica y de la anemia cultural que padecemos. Quizá por ello y gracias a ello, mientras en Buenos Aires las editoriales tradicionales, hoy de capital extranjero, se concentran en libros de autores no nacionales, sobre todo best-séller puramente comerciales e intrascendentes, en los centros editores provinciales un grupo de pequeñas editoriales alienta y estimula al autor y al pensamiento nacional.

Una mención especial merece la presentación gráfica de este catálogo propiciado por el Gobierno Provincial y el Municipal, tanto por la originalidad de su diseño gráfico como por la alta calidad de impresión y la precisa información bibliográfica que ofrece y que hace honor a los organizadores.

NÉSTOR TOMÁS AUZA

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO (ed.), *Corresponsales en acción. Crónicas de la guerra del Paraguay*. "La Tribuna", 1865-1866, Buenos Aires, Librería Histórica, 2003, 369 pp.

La tecnología de los medios, a través de las imágenes televisivas, ha introducido la guerra en nuestras casas. Pero el observador y también el lector de los periódicos tienen la sensación de recibir una información preparada. La última guerra, Irak, incluyó los corresponsales "enrolados", con todas las limitaciones que pertenecer a una de las fuerzas armadas en pugna implica para la libertad de expresión. Por ese motivo las versiones de

los *free-lancers* ganaron el interés de lectores y espectadores, al punto de que la figura de los corresponsales de guerra se transformó en noticia por sí misma y sus comentarios merecieron una atención especial.

Por este motivo la aparición del libro aquí comentado, donde el doctor De Marco ha agrupado las crónicas de la guerra de la Triple Alianza, publicadas en 1865 y 1866 por el diario porteño *La Tribuna*, no puede ser más oportuna. A este mérito circunstancial se agrega otro más permanente: de la guerra del Paraguay se tienen habitualmente dos versiones: la militar y la diplomática. Entre los autores argentinos los estudios de Beverina, Ornstein y Cárcano son los pilares sobre los que se han asentado estudios más modernos, siempre desde alguna de estas dos perspectivas. De Marco, con su libro *La guerra del Paraguay* (Buenos Aires, 1995), nos introdujo en un nuevo cauce donde mostró la cara interna de la guerra: los problemas de aprovisionamiento, las limitaciones a la movilidad, la escasa tecnología disponible, las deficiencias del servicio sanitario, la vida en los campamentos, la creación de la capellanía castrense, etc. Esta visión de la existencia cotidiana en el frente de guerra o en la retaguardia cercana ha abierto el camino a nuevas indagaciones de los investigadores. De Marco rozó en ese libro –sin penetrar intencionalmente en él, porque tal vez ya abrigara la idea del actual volumen– un aspecto que, aunque existió siempre, hoy integra las novedades de la historia más reciente: el imaginario de la guerra.

*Corresponsales en acción* está precedido por un Prólogo que es una breve y clara síntesis de lo que fue aquel conflicto, donde relata la génesis, entre nosotros, de los corresponsales de guerra enviados al frente de batalla por los diferentes periódicos de Buenos Aires. El volumen de la información imponía una elección. Entre el liberal *La Nación Argentina*, defensor de la política gubernamental, *El Pueblo*, abiertamente opositor y sistemáticamente negativo, y *La Tribuna*, perteneciente a la vertiente autonomista, crítica del gobierno pero razonable y patriótico, el prologuista optó por este último periódico.

Lo primero que sorprende en los textos publicados es el deseo de ecuanimidad; lo segundo, la preocupación por no ser indiscretos o sea no revelar informaciones o secretos de guerra que pudieran beneficiar al enemigo o, simplemente, dañar la reputación del ejército; la tercera actitud que nos asombra es el respeto por las personalidades consagradas por su acción pasada o por su posición en ese momento, tanto más cuando hoy la falta de consideración parece ser la norma y hasta el equívoco camino hacia la notoriedad. Un caso típico de aquella actitud es la observada ante el desbande de las tropas de Urquiza, en Basualdo primero y en Toledo después: suma moderación al describir el hecho, mayor aún en responsabilizar al vencedor

de Caseros, respeto final ante el papel secundario que, a causa de estos reveses, desempeñó en el futuro de la guerra el general Urquiza.

Esta actitud se extendió a los jefes y tropas de los aliados. Más de un lector se sorprenderá ante los elogios dispensados a los soldados brasileños –vituperados en algunos textos de patriotismo barato–, pero esto no indica que fueran corresponsales complacientes: argentinos y aliados, en especial los jefes y oficiales, reciben crítica o elogios según la opinión que se formaba el periodista, reflejo sin duda no sólo de su visión personal, sino de lo que oía opinar en los campamentos. Por su origen social y nivel cultural, y a veces por ostentar grados militares, estos periodistas, que redactaban sus notas en forma de cartas bajo carpas penetradas por la lluvia o a la luz de una vela, estaban más cerca de la óptica de los oficiales que de las tropas y se codeaban de vez en cuando con los mismos jefes superiores, pero no ignoraban los esfuerzos y las vicisitudes de los soldados y página tras página se preocupan de su alimentación, de su paga siempre demorada o del padecimiento de los heridos.

Con relación a los paraguayos hay un unánime repudio a la actitud del mariscal López, único que recibe gruesos epítetos de los corresponsales, pero también hay un unánime y progresivo elogio al valor, la resistencia y la perseverancia del soldado paraguayo. Sea a través de la pluma de Héctor Varela, Baltasar Moreno, Dominguito Sarmiento o Amancio Alcorta, el blanco de todas las críticas es el almirante brasileño vizconde de Tamandaré, cuya permanente inmovilidad era considerada como sinónimo de inutilidad. Esta crítica es muy velada al principio, pero luego se hace cada vez más explícita y aun se le acusa de la remoción del general Osorio, jefe imperial que gozaba de unánimes simpatías entre argentinos y orientales. La discreción, no obstante sigue presente, pues se deja a salvo su coraje personal. Los oficiales de la escuadra brasileña merecían, en cambio, la mejor opinión de nuestros corresponsales y se los consideraba víctimas de la inactividad de su jefe, cuyo relevo después de Curupaytí es claramente festejado.

La figura del general Mitre es tratada con un doble respeto: el debido al presidente de la Nación y el que correspondía al generalísimo aliado. Algunos corresponsales señalan los límites que le imponía el tener que compatibilizar los distintos criterios de los aliados. Incluso tras el desastre de Curupaytí, que generó furibundas críticas en Buenos Aires, Mitre es tratado con consideración y alguno recuerda que su opinión, no aceptada por los aliados, era flanquear las fortificaciones y no atacarlas frontalmente. Por qué cedió a la presión de un aliado más poderoso que él y el único que disponía de una escuadra digna de ese nombre, es uno de los grandes misterios de esa guerra y que, lógicamente, no se puede dilucidar en los despachos de los

corresponsales. No obstante, Orión, pseudónimo de Héctor Varela, publica un verdadero análisis crítico de la operación, donde deja a salvo –hasta donde le era posible– la responsabilidad del generalísimo.

En definitiva este libro merece ser leído, tarea muy amena y altamente ilustrativa para todos y especialmente para los historiadores y los periodistas.

CÉSAR A. GARCÍA BELSUNCE

JOSÉ LUIS KAUFMANN. *Pastoralidad del Archivo Eclesiástico. Elementos básicos*. Arzobispado de La Plata, 2001, 104 pp.

En muy buena medida la bibliografía guarda una relación íntima con las bibliotecas, los centros de documentación y los archivos, y por ello reparamos en el presente libro, por ser una rara manifestación del interés por los archivos eclesiásticos, que siempre han sido considerados como repositorios de muy relativo interés y si alguno se lo atribuía parecía que sólo lo tenía en cuestiones religiosas, de interés para los hombres de Iglesia. Muy otro ha sido el criterio para los países de culturas desarrolladas y con cuidadoso espíritu de conservación de sus acervos documentales, ya que los llamados archivos eclesiásticos han sido abiertos al servicio de los usuarios desde hace muchos decenios, incluidos los archivos de la Santa Sede que, desde el Pontificado de Pío XII a la fecha, ha recibido un renovado impulso al colocar la documentación moderna al servicio del público.

En nuestro país no ocurre lo mismo ya que el proceso de apertura de dichos repositorios todavía no ha comenzado; si bien con algunas restricciones, unos pocos archivos han comenzado a abrir sus puertas a los investigadores. Para ese proceso tres son los factores que por el momento no favorecen al mismo. El primero, la ausencia de una conciencia del valor real y no sólo eclesiástico sino también civil, que esa documentación eclesiástica posee como fuente para innumerables intereses intelectuales. Esta inconsciencia de las autoridades eclesiásticas por los papeles referidos a la variedad de sus actividades administrativas, sacramentales y pastorales ha producido que la archivalía que se extiende desde el período de la independencia hasta la fecha, no haya recibido la debida atención y, por tanto, sufrido las consecuencias de un cierto abandono y deterioro. El segundo aspecto, derivado del primero, es que no se encuentran esos archivos debidamente ordenados y catalogados y dada la manera en que se ha almacenado la documentación, no se halla preparada para la consulta. El tercero, que las autoridades eclesiásticas no han otorgado relevancia a dicha documentación y no han preparado a sus